

Amada Inglaterra, venerada Islandia
Su Inglaterra

No soy un patriota en el sentido frecuente de la palabra; y a pesar de eso no me avergüenza decir que siento por la faz de la tierra en la que vivimos un amor que es comparable a la pasión de un amante.

WILLIAM MORRIS

Sabemos que aquellas propuestas de cambio masivo que nosotros vemos, con gratitud, como elevadas intenciones para con la especie, y que excelsos teóricos tienden a ver como cándido utopismo, no fructificaron. O al menos no lo hicieron en la medida en que William Morris tuviera como horizonte en sus declaraciones más vehementes o en *Noticias de Ninguna parte*¹⁰. Pero el hecho de no haber logrado cambiar el mundo —frase vacía, ciertamente— no es suficiente para que se olviden sus positivos aportes, aquellos que sí tuvieron lugar, de muchos de los cuales ya hemos hablado; y sobre los que un admirador suyo, quizás enfrentando con astucia a sus detractores, llegó a sostener que significaron una innovación tan grande como la de recuperar la belleza en los productos de la vida corriente: según él, Morris creó en Inglaterra, a la par de una escuela de trabajo genuino, un criterio tan refinado que obligó a las fábricas del mundo a adaptarse, en cierta manera, a su ideal estético. Basado,

10 Obviamente, demás está decir que es imposible coincidir en todo con alguien, no lo logramos ni con nosotros mismos.

en gran parte, como sabemos, en las creaciones populares de otros tiempos. (No en vano tras él, y tras gente como él, surgió el Modernismo, que se expandió desde las Islas Británicas hasta Viena o el interior de las pampas).

Y aquellas creaciones nacidas en la bruma de los tiempos solo pueden ser custodiadas por la tradición, por los usos y costumbres transmitidos por el interés de las sucesivas generaciones en sostener lo que ellas heredaron. Ahora bien, suele suceder, sobre todo en ese magma turbulento en el que convergen la historia y la política, que las palabras bailen al son del interés del guionista: como se hirieron las ideas más dignificantes de arte, libertad y trabajo, se envenenaron las infinitas y saludables acepciones que pueden tener conceptos como tradición, fe o pueblo. Como de aquellos conceptos ya hemos hablado, recuperando con ayuda de Morris su función, ahora importa repensar cuán relevante es no confundir la fe con pútridas instituciones, la tradición con entelequias apolilladas y la idea de pueblo con ensañaciones destructivas de lo propio y de lo ajeno.

El tercer ensayo de este libro, «La temprana Inglaterra», es una declaración de amor —de amante, como él mismo reconoce— por su tierra. Y es un afecto intenso, pero sano: no busca el menosprecio de otras naciones, ni el fanfarroneo por el lugar de primacía que ocupa la cultura, en sentido amplio, que desde allí ya regía y reformaba el mundo. Por el contrario, disfruta del equilibrio entre la naturaleza y la civilización, entre el prado al que atraviesa un río hermoso pero humilde y el caserío donde habita una familia de labradores; o la abadía derruida donde antes romanos y normandos se asentaron. Y todo, por supuesto, muy receloso de la máquina, y casi enemigo del conglomerado de ellas que es la fábrica. Claro, otra vez corre Morris el riesgo de ser, por un lado, señalado como un ingenuo encandilado ante una foto —idealizada— de lo que no volverá; y, por el otro, como un ignorante tradicionalista, esquivo de ese progreso que tanta «prosperidad material» diera a los recaudadores de su patria.

También en el texto se percibe un dejo de melancolía por lo que no fue: ronda en William Morris la idea de que las sucesivas guerras y conquistas que vieran los siglos en suelo inglés dañaron el frágil legado de anglosajones y pueblos anteriores. Demás está decir que mucho de eso se lo reprocha a la prolongada «sombra de Roma», que llegó hasta el último confín matando, expoliando y transfigurándolo todo con sus innovadoras instituciones (y vuelve a nuestra memoria William Blake, para quien imperio e impuesto son sinónimos, pues ambos se retroalimentan, y juntos corroen libertades individuales).

Sin embargo, prima la templanza, y todo lo malo sucedido, tanto como la conveniencia de lo que pudo pasar pero no pasó, terminan amalgamándose en un cuento que tanto lo identifica como lo apasiona. Las cosas se dieron así, y no hay lugar para lamentos. Y menos, con tantas historias por visitar; con tanto de lo que cuenta la tradición por revivir en carne propia.

Seguramente esa Inglaterra morriseana fuera capaz de emocionar hasta a los cultores de otra Inglaterra, la Inglaterra ávida de hazañas de ultramar tan recordadas por otras naciones, que bien pueden resumirse en los nombres de héroes contemporáneos del artesano como el del *cartógrafo* Arthur James Balfour o el del *orfebre* Cecil Rhodes. Los cuales, lejos de representar a un pueblo y su legendaria ascendencia, su fe y sus tradiciones, o sus agraciadas particularidades geográficas, se montan sobre todo eso para alimentar una industria destinada tanto a colmar sus arcas como a parasitar la Tierra¹¹ y, para que todo tenga sentido, procurar que en las Escuelas se recuerde su bonhomía y su aporte al espíritu nacional.

Méritos de aquellos prohombres acaso aprendidos esforzadamente por aquél «cerrador de ventanas» del que se lamentara nuestro artesano en «El arte: cosa seria»; motivos de orgullo

11 Efectivamente, al respecto el artista dirá en «El arte: cosa seria» que se destruye «la prosperidad tanto material como espiritual de países lejanos en nombre de la civilización».

patriótico para quien prefiera dirigir su vista al diario y no al paisaje que se le regala a través de la ventana.

Más allá de cualquier aprovechamiento faccioso, William Morris tiene la sabiduría que le permite cabalgar sobre los símbolos históricos hasta domarlos y hacerlos pastar para que nutran a su Inglaterra, la Inglaterra ideal del trabajo digno, el arte popular y la detección de plagas que tanto en forma humana como en forma de burocracia desvían, incesantemente, el camino hacia el fortalecimiento del cuerpo y el espíritu de quienes desean vivir y crear sin ser molestados, disfrutando de la observación de la vida cotidiana; desarrollando en la consciencia la capacidad de ver el encanto que puede haber en un palmo de la tierra que se habite.

Suponemos que Morris no hubiera considerado utópico contribuir con las siguientes líneas a que sus lectores amen sanamente el paisaje y el paisanaje de Inglaterra. O de cualquier lugar que se habite; creemos que lo consideraría algo tan necesario como realizable, en la medida en que prime la buena voluntad. Aquí también hallamos otro filón en el tesoro morriseano.

Islandia, la Tierra Santa de los poetas

Tierra sacra / Que fuiste la memoria de Germania / Y rescataste su mitología / De una selva de hierro y de su lobo / Y de la nave que los dioses temen, / Labrada con las uñas de los muertos. / Islandia, te he soñado largamente / Desde aquella mañana en que mi padre / Le dio al niño que he sido y que no ha muerto / Una versión de la Völsunga Saga

JORGE LUIS BORGES, *A Islandia*.

Islandia, tierra áspera, despoblada y algo desoladora, ha sabido llamar la atención de todo tipo de colonos, conquistadores, aventureros, etc. pero también de una clase de escritores